



1080016529

DISCURSO  
QUE EN LA  
VELADA LITERARIA

OFRECIDA Á LOS ILLMOS. Y RMOS.

Señores Arzobispos de México  
y de Michoacán

POR HABER ASISTIDO

AL PRIMER CENTENARIO DE LA DEDICACION DE LA IGLESIA DE SAN FELIPE NERI  
DE QUERÉTARO

EL 20 DE SEPTIEMBRE DE 1905

PRONUNCIÓ EL

Sr. Lic. D. Vicente de P. Andrade

Canónigo más antiguo  
de la Sacrosanta Basílica de Santa María de Guadalupe, individuo  
del Instituto Bibliográfico, del Ateneo Mexicano  
y de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tellez

MÉXICO

TIP. Y LIT. «LA EUROPEA» DE J. AGUILAR VERA Y CÍA., S. EN C.  
Calle de Santa Clara núm. 15.

1905



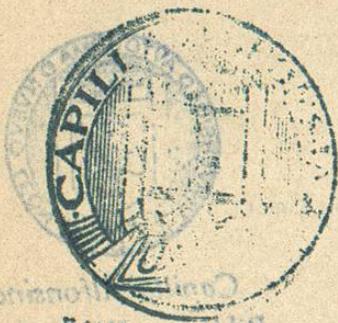
Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

41537

BX 3853

M4

A5



FONDO EME  
VALVERDE Y TEPEZAPOTE

En los albores del año de 1856, siendo todavía muy joven, dejé mis patrios lares para ir á aprender el idioma latino en el entonces renombrado Seminario de León, que el Illmo. Sr. Portugal había confiado á la dirección de los hijos de San Vicente de Paúl. Desde que penetré á vuestra ciudad en diligencia, vehículo que entonces estaba en usanza, sentí por ella una simpatía tan grande, que ni por haber conocido después otras muchas en nuestra patria y en el extranjero, se ha disminuído en lo más mínimo. Siempre la he visto con particular predilección, y doy de lo íntimo de mi alma infinitas gracias al Señor, porque me ha concedido en el ocaso de mi mísera existencia, venga en esta noche á hacer os manifestación, oh amados queretanos, de mis afectos hacia este lugar donde visteis la primera luz y donde felizmente moráis; lugar tan privilegiado del cielo, como que ha sido la mansión de muchas almas santas: pareceme que quienes moran en esta ciudad, tienen más cerca nuestra deseada Sión.

Illmos. y Rmos. señores Arzobispos, permitid este desahogo á un pobre anciano, que ante vosotros se siente anonadado por la gratitud que os guarda, por el respeto que profesa á vuestra acrisolada virtud, por la veneración que le despierta vuestro talento é ilustración, por

004348

el cariño que le inspira vuestra caballerosidad y demás múltiples prendas que os adornan.

Perdonad mi osadía si me atrevo á preguntaros: ¿por qué habéis venido á ennoblecer, á enaltecer y á dar tanto lustre con vuestra augusta presencia al memorable centenario de la dedicación de uno de los más suntuosos templos que hermocean á la siempre levítica ciudad de Querétaro? Pienso que no sólo os ha traído una invitación á la cual jamás desatenderiais, sino que otra vez más habéis querido dar á la faz de la Iglesia Mexicana una prueba de vuestro acendrado amor al gran apóstol de Roma, en sus hijos. Benditos seais, Illmos. señores, porque no se oculta á vuestra vasta penetración que las familias regulares son tan indispensables para la Iglesia, como para la sociedad la milicia y la magistratura. Benditos seais, porque conserváis incólumes las enseñanzas que cuando erais niños aprendisteis de los augustos Pontífices que regían entonces los destinos de la Iglesia Mexicana: los Portugales, Vázquez, Belaunzaranes, Garzas, Munguías, Espinosas, Barajas, Colinas y Vereas, que tanto lucharon por impedir el horrendo atentado que comenzó á fraguarse en 1833 y que vino á consumarse veintiséis años después, cual fué disponer de los bienes de la Iglesia, abolir la santa unión conyugal y destruir por dondequiera los nidos de las místicas palomas, "que dentro de las hendeduras de la piedra y en la abertura de la muralla," (Can. II, 14), cual tórtolas plañideras entonaban las divinas alabanzas, é impedir también que en el silencio y en la soledad se adiestrasen los batalladores contra el averno.

No puedo dejar relegado al olvido lo que un famoso doctor Gostañeta, dijo al Illmo. señor Arzobispo Lizana el día 21 de Abril de 1803, cuando visitó esta ciudad co-

mo su prelado que era entonces, á saber: Los felipenses de Querétaro son las piedras más valiosas y brillantes de vuestra pectoral: si alguna vez tuviera la necia temeridad de pretender ser obispo, sería para la diócesi de Querétaro, únicamente porque tendría entre mis cooperadores á los hijos de San Felipe Neri que en esta afortunada ciudad han sido, son y serán eficacísimos.

En la Iglesia de Dios, los hijos de San Cayetano se han distinguido por su pobreza, los del Serafín humanado, por su humildad, los dominicanos por su acendrada devoción á la Virgen Madre, los Agustinos, por su dedicación al estudio, los del Carmelo por ser hombres de oración, los de San Ignacio, por su obediencia, los simpáticos pasionistas, por su penitencia y los de San Felipe Neri, como cultivadores de los lirios de pureza y las azucenas de la castidad.

Rodeado de un auditorio tan ilustrado como el que me hace el honor de escucharme, y felizmente libre de los errores condenados por la Iglesia, que son tan comunes entre los que no profesan sus enseñanzas; no debo temer que os desagrada haga algunas reminiscencias biográficas, no relativas á los principales bienhechores de Querétaro, como Conin, después Fernando de Tapia, Don Joaquín de Urrutia, primer Marqués de la Villa del Villar del Aguila; el Pbro. D. Juan Caballero y Osio; Don Fausto Merino; Don Melchor de Noriega Cobielles; Don Juan Antonio del Castillo Llata; ni de Doña Josefa Vergara, de Doña María Cornelio Codallos, de Doña Cayetana Galeana y de Doña María Antonia Rodríguez de Pedroso, Marquesa de Selva Nevada ó Sor Josefa de Santa Teresa; tampoco de los prelados que aquí tuvieron su cuna; ni de los tres canónigos, ilustres

queretanos, que lo fueron de la Santa Iglesia de Michoacan; el I.ic. Don Mariano Escandón y Llera, tercer conde de Sierra Gorda, Caballero de la Orden de Carlos III, que figuró en la guerra de insurrección; el Dr. y Mtro. Don Santiago Velázquez de Lorea y el Dr. Don José Rodríguez Vallejo. Quiero hablaros de otros insignes varones, no menos eximios, y que no han sido extraños á esta ciudad.

Hace casi media centuria que uno de ellos pisaba esta ciudad enviado por el dignísimo Arzobispo de México, ceñido con la aureola del saber, dotado de una pureza angélica, que desde entonces hasta hoy guarda ilesa, así como el místico perfume de la violeta que trasciende en todo él. Venía á dar saludables pastos á las ovejas que estaban bajo el patrocinio de la madre de la Inmaculada María; esto pasaba el memorable 22 de Febrero de 1856. Trató desde luego de reconstruir su templo, que no vió terminar, pues sólo permaneció entre vosotros unos veinte meses; pero como un recuerdo de su munificencia, ese templo guarda un precioso ornamento. Fué aquí donde tuvo principio felicísimo su luminosa carrera, en la que ha dejado siempre gratas memorias por haber cumplido fiel é intachablemente su sacro ministerio: aquí dió las primicias de sus escritos, publicando un opúsculo contra el impío Alvarez. Después pasó á desempeñar el magisterio en el Seminario Conciliar de México; recibió las blancas ínfulas doctorales; volvió á ser Cura de almas, cargo anexo á la Canongía que obtuvo en mi actual Basílica, de donde fué trasladado á la primera Catedral Metropolitana de nuestra Iglesia, y fué ascendiendo en el espacio de 29 años, desde último prebendado hasta Deán, que es la primera dignidad, la cual dejó para ser nuestro dignísimo Arzobispo, puesto

muy elevado que jamás le ha deslumbrado, en el cual se ha manifestado como modelo de gobernantes por su trato de cariñosísimo padre, lleno de complacencia, de gran misericordia, y por fin, de incansable laboriosidad. Uno de los brillantes más valioso de su inmortal corona ciertamente será que en su larga carrera ha sido amigo, protector y padre de las familias religiosas, ora se hayan consagrado á la educación de la infancia y juventud, ora á auxiliar á los enfermos y á los desvalidos, ora á instruir á las multitudes en las evangélicas doctrinas, y lo que ha sido siempre más conforme con su piedad, á las que tienen un trato íntimo con Dios en la oración: tan crecido número de esas buenas almas henchidas de gratitud, han elevado de continuo al cielo sus plegarias, que no han sido en vano, pues han descendido raudales de luces, de gracias y de favores sobre él; por esto ha llevado con tanto acierto los difíciles cargos que se le han confiado. Con razón mi inolvidable padre, el Illmo. señor Labastida, admiraba en él, no tanto su grado académico de doctor, cuanto la sabiduría y el tacto para administrar los bienes que se le han confiado y la inalterable paciencia en el espinoso cargo de Vicario de religiosas. ¿Por qué no decirlo? Yo le debo como nadie mucho, muchísimo: su confianza y su cariño constantes; siempre he encontrado no sólo abiertas las puertas de su palacio á cualquiera hora, sino las de su corazón; no sólo me siento ufano con tan inmerecidas consideraciones y testimonios de su inmensa benevolencia, sino obligado á publicar en cuantas ocasiones se me ofrecen, mi agradecimiento que no tiene valladares.

Me remontaré ahora muchos años atrás: contamos ya siglo y medio desde que llegó á esta vid del Señor, enriquecida después de nuestro México como ninguna

otra, con los beneméritos franciscanos (1531) y los hijos de Bernardino Alvarez (1586) en el siglo XVI; con los discípulos de Pedro de Alcántara (1613), de Juan de la Cruz (1614), de Ignacio de Loyola (1625), de Domingo de Guzmán (1692), y de los imitadores de Linaz y de Margil (1683) en el siguiente siglo, y por fin con los prosélitos de Agustín y de Pedro Nolasco en el siglo XVIII, y con las hijas de Clara (1607), y de Coleta (1721); llegó, os decía, un venerable sacerdote, digno de eterna memoria, Martín de San Cayetano Jorjanes y Castrejón, para derramar en tan privilegiado suelo una fecunda semilla, que bendecida por el celestial Jardinero, debía dar, como dió y seguirá dando, á pesar del enemigo del hombre y de sus miserables secuaces, copiosísimo fruto, arrancándole de sus infernales garras incontable número de almas. Esta era la intención que en su noble pecho abrigaba; aquí á cuantos le vieron, edificó por su admirable vida, que consignó en un libro (1760) el P. Villaplana, religioso del Colegio Apostólico de la Santa Cruz. Cumplida admirablemente su santa misión, murió Martín el 5 de Abril de 1760, sin haber visto realizarse la fundación del Oratorio Queretano, porque hasta después de su fallecimiento llegaron la Bula Pontificia del 16 de Mayo y Real Cédula del 24 de Enero de 1760 que la autorizaban. Cúpole al P. Marcos de Ortega, felipense de San Miguel el Grande, venir á establecer aquí la deseada fundación, en una humilde capilla y casa que se dedicó en Noviembre 21 de 1763, donde permanecieron hasta Mayo de 1800 él y sus imitadores; uno de éstos, el P. Esteban Joaquín Ramírez de Béjar, antiguo Cura de Ucareo, que después de haber sido dos veces Prepósito, murió de 71 años, el 8 de Enero de 1780. (1).

Elogiar brevemente á estos numerosos é ínclitos varones, cuando la vida de cada uno podría llenar un volumen, temeridad parece formular tan semejante proposición. No obstante, como los insignes felipenses que hasta ahora han compuesto la Congregación del Oratorio de Querétaro, se parecen de tal modo por sus altas virtudes, que se confunden entre sí, elogiar á uno es dignificar á todos, y ensalzar á dicha Congregación en general es encomiar á cada uno en particular.

Así, pues, basta á mi objeto con que yo entresaque de esa multitud de varones ilustres, á uno que otro. Comenzaré por el P. Dimas Diez de Lara, venerable Prepósito, que cuando era Cura de Santiago Tianguistengo, solía divertirse jugando al ajedrez con otro sacerdote. Cierta ocasión tuvieron una cuestión acerca de la salvación de nuestros indios: el uno sostenía la afirmativa y el otro la negativa: se dirimió la controversia prometiéndose que el primero que muriese vendría, si Dios se lo concedía, á decidir el caso. El P. Dimas estaba una noche en su casa, oyó que le llamaban por la ventana: preguntó qué se ofrecía y la respuesta fué: "Vengo á decirte solamente, que de los indios algunos se salvan; pero de los curas ninguno." Aunque no estoy absolutamente conforme con esto, pues si el cura logra salvar siquiera una alma, tiene casi asegurada la suya, conforme á esta doctrina de San Agustín: *animam salvasti, animam tuam praedestinasti*: salvaste una alma, predestinaste la tuya; he referido el caso á fin únicamente de indicar el móvil que tuvo el P. Dimas para refugiarse en el Oratorio en 1775, porque después de oír aquella respuesta, mandó que fuesen á ver al Padre con quien solía jugar al ajedrez, y se sorprendió al saber que su casa estaba consternada, porque acababa

de fallecer. El P. Dimas dejó luego el curato, se dirigió á México y formó su espíritu en el Oratorio. Después pasó al de esta ciudad (1785), trabajó cuanto pudo por la construcción del templo, y gracias á la merecida influencia que tenía adquirida con su sólida virtud y saber, reunió los fondos necesarios (2). Mas terminada la construcción después de muchas fatigas y de un sinnúmero de afa-nes, al quitarse la última cimbra de su hermosa cúpula, vino ésta abajo estrepitosamente. ¡Qué amargura! no pudo contenerse el P. Dimas y prorrumpió en copioso llanto. A poco salió de entre los escombros para recorrer las calles y manifestar su grandísima angustia; no fué inútil, pues los generosos comerciantes de las casas y tiendas que había en las calles que median entre San Felipe y San Francisco, á donde se encaminaba para referir su desgracia á los hijos de este seráfico Padre, le reunieron los catoree mil pesos en que se presupuestaron los perjuicios del desastre: con tan grata oferta volvió consolado á su Oratorio; tuvo por fin la satisfacción de que el jueves 19 de Septiembre de 1805 se dedicara el templo de su Santo Padre.

Entre varias tribulaciones, la última durísima con que el Señor purificó al P. Diez de Lara, fué la ceguera. Tuvo durante esta prueba, que sufrió con la resignación de los justos, un gran consuelo. Había mandado hacer á Don Mariano Arce la hermosísima escultura de Ntra. Sra. de los Dolores, que todavía veneramos en este templo, y cuando se la entregaron, ya estaba ciego; pero con tal fervor pidió al Señor le concediese verla, que su oración fué escuchada, exclamó: "¡Qué hermosa está: tal como yo la quería!" Inmediatamente volvió á quedar ciego y así permaneció hasta su muerte, acaecida el nefasto 15 de Febrero de 1817.

El P. Francisco Javier Marroquín y Perea, cuya memoria, según frase del Espíritu Santo, será de bendición (Ps. III. 7), supo formar con sus ejemplares virtudes una pléyade de sacerdotes que sin ruido ni ostentación se consagraron á sacar del pestilente fango á innumerables pecadores y á dirigir á las almas por los limpios senderos de las virtudes cristianas. De aquellos citaré á Melchor Angeles, de depravada y escandalosa vida, que acogido después de duras pruebas en la casa del gran San Felipe Neri, dió admirables ejemplos de penitencia y falleció con la deseada muerte de un santo el 16 de Septiembre de 1855.

Con el fin de que no se perdieran algunas noticias tradicionales de este admirable varón, publiqué hace dos años en "El Tiempo" y "El Boletín Oficial" del Arzobispado de Oaxaca, tres casos de profecía y conocimiento de sucesos distantes. Posteriormente supe lo que os voy á referir, contando con vuestra benévola atención y quizá abusando de ella.

Existía en Querétaro una persona respetabilísima, que nos ha dejado una Memoria Estadística de este Estado, publicada en 1875. Fueron sus hijos un médico muy aventajado, á quien diré de paso debo inmensa gratitud por los cuidados exquisitos que aquí dispensó á la señora autora de mis días, un jurisconsulto íntegro y fervoroso católico y una hija á quien amaba extraordinariamente, la que después de algún tiempo se enfermó de suma gravedad. En tal conflicto, el Sr. Don José Antonio Septien y Villaseñor, su cariñoso padre, apeló á cuantos medios pudo, siendo uno de ellos acudir á su íntimo amigo el P. Marroquín, que justamente tenía la fama de ser un santo sacerdote, rogándole dirigiera sus fervorosas y valiosísimas plegarias al Señor de la vida

y le ofreciera que si su hija sanaba, daría copiosas limosnas para la iglesia de San Felipe. El P. Marroquín le oyó con calma y luego contestó con este apotegma: "A Dios no se cohecha ni quiere idolitos." Desconsoladísimo quedó el afligido Sr. Septien con semejante respuesta; al poco tiempo la niña Lucía murió.

Había ordenado el P. Marroquín terminantemente á unos jóvenes que se educaban en la casa de la Congregación, que no se divirtiesen con ningún juego de naipes. Estos no le obedecieron sin embargo, hasta que cierta noche que estaban encerrados en un aposento, entusiasmados en el juego, cuando creían que el P. Marroquín dormía ya, se les presentó este V. Preósito. *Foras clausae stetit in medio eorum* (Joan. XX. 19). ¡Cuál sería su sorpresa y confusión! esto fué bastante para obtener un verdadero arrepentimiento, sincera enmienda en su desobediencia y acrecentar por otra parte la inmensa veneración á aquel que acababa de darles una palmaria prueba de haber gozado anticipadamente del don de la sutileza.

En cierta ocasión fué invitado á tomar unos días de solaz en una de las haciendas cercanas á esta ciudad. Aceptó de buen grado. Estando allí dió ejemplos como en todas partes de ser un hombre de Dios; referiré uno que revela su condescendencia extraordinaria, sólida obediencia y sufrimiento paciente.

Varios jóvenes que moraban en dicha hacienda, le convidaron para que tomase parte en una diversión que iban á tener, y que era un simulacro de asalto militar. Aceptó la invitación, cual discípulo aprovechadísimo de San Felipe Neri que jugaba frecuentemente con los niños para ganarles á su vez el cielo, y desde luego unos de los jóvenes se colocaron dentro de un cuarto y otros

fuera; olvidando en esta ocasión la respetabilidad del R. P. Marroquín, le nombraron centinela, con obligación de tener abierta constantemente una ventana alta por medio de un otate ó carrizo, para que por allí pudiesen penetrar los tiros que dirigían á los que estaban encerrados. Nuestro buen P. Marroquín aceptó la comisión sin protestar. Caro le costó su anuencia, pues más de una vez sufrió golpes; pero permaneció impasible en su puesto, y aunque de continuo tenía que limpiarse el polvo con que los terronazos le ensuciaban ya la cabeza, ya la cara; no dejó por esto de mantener abierta la ventana, para cumplir así con lo que se le había ordenado.

He sabido que el Señor le concedió, para salvar á un alma, la gracia especialísima de bilocarse.

Existe un retrato litografiado de este V. Prelado donde se lee: que nació en 1808, que fué ordenado sacerdote en 1833, vistió 32 años la sotana de felipense y después de haber sido Preósito 15, murió en olor de santidad en Febrero 5 de 1857. (3).

El P. Agustín Guisasola, orizaveño, á quien la generación presente recuerda todavía con ternura y quien me honró con su amistad, lo recuerdo con gratitud, estaba dedicado á su ministerio como un apóstol, y era tan generoso con los pobres, como un Tomás de Villanueva, despojándose hasta de la camisa para cubrir al desnudo. Por su saber nada común, su conducta inmaculada y por haber servido más de cuatro lustros la primera parroquia de esta diócesi con perfecto acierto y unánime aprobación de los moradores de ella, fué justamente llamado por el inolvidable Illmo. Sr. Dr. Don Ramón Camacho, que tanto le estimó, para que formase parte de su cabildo, que hace 16 años le perdió. Nos ha dejado